



Ética del dolor en Miguel de Unamuno¹

Arrate Aparicio Marcos²

Recibido: 01/09/2022 / Aceptado: 27/12/2022

Resumen: El presente artículo tiene por objeto desarrollar la ética del dolor que se nos presenta en el pensamiento de Miguel de Unamuno. Para este quehacer, basándonos en sus escritos fundamentales, nos adentramos en el impacto que tiene la muerte y el dolor en la conducta vital del ser humano, además de sumergirnos en su concepción del amor como consuelo sanador del sentimiento trágico de la vida. Por último, se analiza la influencia directa de Blaise Pascal en la ética del dolor unamuniana. De esta suerte, al descubrir el valor del sufrimiento en la vida, concluimos que el dolor mismo nos garantiza la existencia, y la existencia sufriente nos garantiza tanto el amor como la esperanza en la inmortalidad del alma humana.

Palabras clave: amor; dolor; ética; inmortalidad; metafísica; Unamuno.

[en] Ethics of pain in Miguel de Unamuno

Abstract: This paper aims to tackle the ethics of pain which is presented in Miguel de Unamuno's thought. For this purpose, based on his fundamental writings, it is analysed the impact of death and pain on the vital behavior of the human being, and also is studied his conception of love as a consolation healing the tragic sense of life. Finally, the direct influence of Blaise Pascal in the unamunian ethics of pain is shown. Thus, as far as the value of suffering in life is revealed, it is concluded that pain guarantees our existence, meanwhile a suffering existence guarantees us the love and the hope in the immortality of the human soul.

Keywords: love; pain; ethics; immortality; metaphysics; Unamuno.

Sumario: 1. Introducción. 2. El miedo a la muerte y el dolor como reconocimiento de sí. 3. El amor como consuelo sanador del sentimiento trágico de la vida. 4. Influencia de Blaise Pascal en la ética del dolor unamuniana. 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Aparicio Marcos, A. (2023): Ética del dolor en Miguel de Unamuno, en *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 40(3), 541-550

1. Introducción

Se descubre a Dios por el dolor. Aunque lo (creemos) por autoridad e inferencia³ no sentimos nuestro corazón, nuestro estómago<,> etc<,> mientras no nos angustia y duele. Tampoco sentimos nuestra alma hasta que nos duele. El dolor hace la conciencia⁴ reflexiva, la que vuelve sobre sí. El no doliente conoce lo que hace y piensa, pero no piensa que piensa. <¿>Qué es fisiológicamente el dolor<?> Deshacimiento. Nos hace descubrir nuestras entrañas. Y en el deshacimiento supremo, el de la muerte, llegaremos por el dolor del anonadarse, a las entrañas de nuestras entrañas, a

Dios. El dolor enseña a amar. En la angustia espiritual respiramos a Dios.⁵

Esta nota inédita, escrita por Miguel de Unamuno y titulada "Dolor y Dios", pertenece a la carpeta "Notas del 'Tratado del amor de Dios: un ensayo de Filosofía de la muerte'" que se conserva en la Casa-Museo Unamuno de la Universidad de Salamanca, y es clave para desentrañar la ética del dolor que se entreteje en el pensamiento unamuniano. La citada anotación es claramente previa al contenido que desarrolló después en su *Tratado del amor de Dios y Del sentimiento trágico de la vida*. La res-

¹ Agradezco la inestimable ayuda y las facilidades prestadas en la consulta del Archivo y Biblioteca personal de Miguel de Unamuno al equipo de la Casa-Museo Unamuno –de ahora en adelante, CMU– de la Universidad de Salamanca.

² Universidad de Salamanca – Fundación Rafael de Unamuno

E-mail: arrate.aparicio@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5946-1571>

³ Dudoso: palabra difícilmente legible.

⁴ Abr. «conciencia».

⁵ CMU, 68/15, p. 20. Nota "Dolor y Dios" (nota inédita). Las mismas ideas pero con un desarrollo más sustancial aparecen en Miguel de UNAMUNO. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson R. Orringer. Madrid: Tecnos, 2005, pp. 594-595; 375-376. Las páginas 594-595 corresponden al *Tratado del amor de Dios* (1905-1908) –de ahora en adelante, se citará con las siglas de TAD–; por su parte, las páginas 375-376 pertenecen al *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1911-1912) –de ahora en adelante, DSTV–.

cato con objeto de analizar su forma y contenido en relación con la exposición que hace sobre ella en las dos obras que acabo de mencionar. En el *Tratado*, por ejemplo, sustituye la palabra “no doliente” por “no congojado” y, a su vez, agrega que “solo por la congoja se adueña de sí mismo un espíritu humano”⁶, lo que completa en su *Del sentimiento trágico de la vida* escribiendo que “solo por la congoja, por la pasión de no morir nunca, se adueña de sí mismo un espíritu humano”⁷. Además, en el *Tratado* sigue la terminología de su anotación y mantiene la palabra “angustia espiritual” para presentarnos la idea de que se precisa respirar de la angustia espiritual para llegar a Dios y aprender a amar, mientras que en su *Del sentimiento trágico de la vida* opta por el término “congoja espiritual”.

Todo ello nos deja percibir la indecisión de Unamuno a la hora de intentar ajustar los términos “dolor”, “angustia” o “congoja” al contenido filosófico que pretende exponer. Si es fácilmente perceptible a lo largo de su *Tratado* y *Del sentimiento trágico de la vida* que existe una diferencia gradual entre el “dolor” y la “congoja”⁸, pero no ocurre lo mismo con los términos de “angustia” y “congoja”. Él nos advierte, por ejemplo, que “la congoja es algo mucho más hondo y más íntimo que el dolor”⁹, mas no se encuentran aclaraciones del mismo estilo para los términos de “angustia” y “congoja”, que parece que utiliza de forma indistinta.

En este sentido, cabe explicitar que don Miguel nos descubre que existen dos tipos de dolor: el dolor físico que nos revela la existencia de nuestras propias entrañas, y el dolor espiritual, que es la angustia o la congoja que nos manifiesta nuestra alma. Desde este último grado de dolor espiritual brotará el sumo dolor o “deshacimiento supremo” que provoca la muerte y que nos encamina a “las entrañas de nuestras entrañas temporales”¹⁰, o lo que es lo mismo, a “las entrañas eternas de nuestras entrañas temporales”¹¹: al Dios del amor. Luego el amor es en el dolor, dado que

el dolor que surge de la congoja espiritual nos enseña a amar gracias a que “respiramos” a Dios.

Así pues, con el objetivo de desarrollar la ética del dolor que abraza el pensamiento de Miguel de Unamuno, navegaré por sus escritos *Mi confesión*, *Tratado del amor de Dios* y *Del sentimiento trágico de la vida*, además de en su *Diario íntimo*, “El mal del siglo”, “Nicodemo, el fariseo” o “Mi religión”. Para este quehacer, es menester advertir las influencias que recibe de Spinoza, Kierkegaard, y sobre todo Pascal, para quien se dedica un apartado completo. Todo ello se presenta enriquecido por notas inéditas, localizadas en los archivos de Miguel de Unamuno de su Casa-Museo de la Universidad de Salamanca, que facilitan sobremanera la exposición y comprensión de la ética del dolor unamuniana.

2. El miedo a la muerte y el dolor como reconocimiento de sí

Se ha formulado la cuestión de si la vida merece la pena de ser vivida. Si la temporal es un fin en sí ¿quién se atreverá a la hora de su muerte a contestar afirmativamente a la enigmática cuestión?¹²

El dolor es el camino de la conciencia, y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí.¹³

Don Miguel sostiene su filosofía en la certeza de que lo que suceda en el acontecimiento de la muerte marca el sentido de nuestra existencia toda. Desde el momento en el que uno se reconoce a sí mismo es consciente de su propia conciencia, de su condición finita, de su próxima muerte y el consiguiente dolor que acarrea. La lucha por conservar y perpetuar la propia conciencia es tendencia natural del hombre que ama la vida e intenta huir del propio desvanecimiento y aniquilación.

En este aspecto, Unamuno apela en varios de sus escritos¹⁴ a aquellas proposiciones VI, VII, VIII y IX

⁶ TAD, p. 595.

⁷ DSTV, p. 376.

⁸ Según Nelson Orringer, Unamuno realiza esta diferencia entre dolor y congoja siguiendo a Kierkegaard. Cf. Nota a pie nº 403 del TAD, p. 589. Jesús Antonio Collado, en cambio, señala que difícilmente se puede concretar la influencia de Kierkegaard sobre la cuestión de la angustia unamuniana: “La angustia de Kierkegaard arrastra hacia abajo, a la caída; causa el desvanecimiento. La de Unamuno impulsa hacia lo alto, a la conquista del todo. La angustia de Kierkegaard hace reo de culpa; la de Unamuno diviniza y hace descubrir a Dios, garantizador de la inmortalidad.” En otras palabras: “La angustia no es para Kierkegaard perfección en sí, no perfecciona al hombre por sí misma, sino que es manifestación de la perfección de una naturaleza constituida en espíritu. La angustia revela la heterogeneidad de la síntesis, distancia de lo puramente animal, y es educativa en la ascensión hacia Dios, en cuanto que por la fe queda superada. En este sentido es perfección la angustia, perfección de la naturaleza negativamente, mas no positivamente y por sí misma, cual es más bien la idea de Unamuno.” Jesús Antonio COLLADO. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. Madrid: Gredos, 1962, pp. 137-138. Para más información al respecto, véase Jan E. EVANS. «La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 46, 2008, pp. 13-25. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/7935> Asimismo, cabe observar que he comprobado en la biblioteca personal de nuestro autor que se conserva en la CMU que don Miguel leyó y analizó en su edición danesa [Søren KIERKEGAARD. *Søren Kierkegaards Samlede Vaerker*. Edición de (Udgivne af) A.B. Drachmann; J.L. Heiberg; & H.O Lange. Kjobenhavn: Editorial Gyldendalske Boghandels Forlag (F. Hegel & Son), 1901-1906, 14. vols.] las siguientes obras kierkegaardianas, entre otras: *Kjerlighedens gjerninger (Las obras del amor)*, *Begrebet Angest (El concepto de la angustia)* y *Frygt og Bæven (Temor y temblor)*.

⁹ TAD, p. 589, y DSTV, p. 365.

¹⁰ DSTV, p. 376.

¹¹ TAD, p. 595.

¹² Laureano ROBLES. «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)» (1897). *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 34, 1999, p. 129. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753>

¹³ DSTV, p. 283. Esta idea proviene del TAD, p. 534.

¹⁴ Alicia Villar sostiene que Unamuno hace referencia a estas proposiciones, además de en *Mi confesión*, en las “Glosas al ‘Quijote’”, apartado “La

de la tercera parte, “De la naturaleza y origen de los afectos”, de la *Ética* de Spinoza que tanto le hicieron reflexionar –transcritas en latín en *Mi confesión y Del sentimiento trágico de la vida*, e incluso traducidas en ocasiones al castellano en este último–:

PROPOSICIÓN VI: “Cada cosa, en cuanto está en ella, se esfuerza por perseverar en su ser.”

PROPOSICIÓN VII: “El conato con el que cada cosa se esfuerza en perseverar en su ser, no es nada más que la esencia actual de la misma.”

PROPOSICIÓN VIII: “El conato con el que cada cosa se esfuerza en perseverar en su ser, no implica ningún tiempo finito, sino indefinido.”

PROPOSICIÓN IX: “Tanto si tiene ideas claras y distintas como si las tiene confusas, el alma se esfuerza en perseverar en su ser por una duración indefinida, y tiene conciencia de ese esfuerzo.”¹⁵

En este punto tenemos que tener presente, como detalla Mariano Álvarez Gómez, que Unamuno interpreta a Spinoza “bajo el prisma de lo que para él es el problema fundamental de la filosofía, la cuestión de la supervivencia o de la inmortalidad personal y ve en el sistema construido por el filósofo judío ‘una consolación que fraguó para esa su falta de fe’”. Es ahí donde siente afinidad con Spinoza, pero no “en cuanto que este se atiende conscientemente solo a la razón cuando se trata de pronunciarse sobre la verdad.”¹⁶ Es decir, de acuerdo con Álvarez Gómez, nuestro autor se distancia de Spinoza en su determinación de que ni existe ni se puede conocer otro mundo que no sea el de la razón, dado que él sí concibe la dualidad de fe y razón.

Dicho esto, don Miguel, siguiendo estas proposiciones de Spinoza, alienta al hombre a anhelar, a amar, lo que vive y le hace vivir, para que, de una forma u otra, esté alerta ante la posible proximidad de su muerte, su posible y propio fin del mundo. El tiempo indefinido que envuelve el esfuerzo con que cada conciencia trata de perseverar en su ser se encuentra, para nuestro autor, tras ese acontecimiento de la muerte. Se podría decir incluso que lo que se vive en la muerte y a partir de la muerte es, para él, una especie de realidad que se abastece de lo que origina el deseo de inmortalidad que se despierta en nuestra alma cuando somos conscientes de nuestra finitud en la infinitud y eternidad de la existencia.

Este doloroso sentimiento de incertidumbre que nos crea el hecho de pensar y concienciarnos del acontecimiento de la muerte, más concretamente del misterio de si dejaremos o no de ser en ella, es lo que nos hace creer en nuestro porvenir, en amar nuestra vida al fin y al cabo. A mi juicio, Unamuno quiere suscribir que la congoja que nos despierta la muerte nos hace corroborar nuestra propia existencia. Él nos insta a afrontar el dolor que acarrea la propia existencia, especialmente el miedo a la muerte, para darnos cuenta del amor que uno mismo tiene por sí mismo, por la vida, por su vida, algo que solo se podrá superar no entendiendo a la muerte, bajo la fuerza de nuestra razón, como muerte o consumición plena de la vida, sino dando a la vida prevalencia ante ese acontecimiento de la muerte¹⁷:

[...] No quiero morir, no, no lo quiero; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto y solo por esto me tortura el problema de la inmortalidad del alma humana. [...] ¹⁸

De hecho, resulta menester contemplar la idea de que, en palabras de François Meyer, “la existencia concreta es una especie de *trampa ontológica* que no ofrece ninguna escapatoria”¹⁹. Y prosigue diciendo sobre la ontología de nuestro autor que “hay en ello una a modo de monstruosidad o, podría decirse también, un sadismo del ser, que exige de mí no solamente la aceptación de mi agonía perpetuamente renovada, sino también la voluntad de alimentarla, de exasperarla y de amarla como al supuesto mismo de mi ser”²⁰. Dicho de otra manera, el hecho de existir lleva inmerso en sí mismo la necesidad de “*querer* esta mezcla ambigua y pura de vida y de muerte”²¹, lo que es, según él, “la fuente del sentimiento trágico de la vida o del sentimiento agónico del ser”²².

3. El amor como consuelo sanador del sentimiento trágico de la vida

Y Dios no es sino el Amor, el Amor que surge del dolor universal y se hace conciencia, ya que la conciencia es forma del dolor.²³

causa del quiotismo”, así como en el primer capítulo de *DSTV* –sin aludir en este último a la proposición IX–. Cf. Nota a pie nº 13 de Miguel de UNAMUNO. *Mi confesión*. Edición de Alicia Villar Ezcurra. Salamanca-Madrid: Sígueme-Universidad Pontificia Comillas, 2015, p. 18.

¹⁵ La traducción de cada una de estas proposiciones ha sido extraída de Baruj SPINOZA. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Edición y traducción de Atilano Domínguez. Madrid: Trotta, 2000, pp. 132-133.

¹⁶ Esta y la anterior cita provienen de Mariano ÁLVAREZ GÓMEZ. *Unamuno y Ortega. La búsqueda azarosa de la verdad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003, p. 138.

¹⁷ Cf. Arrate APARICIO MARCOS. “Los fundamentos de la filosofía de la intersubjetividad en la obra de Miguel de Unamuno: más allá del sentimiento trágico de la vida”. En: PAREDES MARTÍN, María del Carmen; BONETE PERALES, Enrique (Eds.). *La filosofía y el amor*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020, pp. 85-91. doi: <https://doi.org/10.14201/0AQ0294>

¹⁸ Miguel de UNAMUNO. *Mi confesión* (1904), p. 26. Con pequeñas variaciones aparece en *TAD*, p. 571, y *DSTV*, pp. 153-154.

¹⁹ François MEYER. *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid: Gredos, 1962, p. 28.

²⁰ *Ibid.*, pp. 28-29.

²¹ *Ibid.*, p. 29.

²² *Ibid.*

²³ *TAD*, p. 544. La misma idea pero sin precisar que la conciencia es forma del dolor aparece en *DSTV*, p. 354.

Unamuno es consciente, como ya se ha hecho explícito, de que existe la posibilidad de que con el fenecimiento de nuestro cuerpo también muera nuestro ser. Esto implica que la conciencia de cada uno puede volver a la nada, a la misma inconciencia de la que cada conciencia personal brotó, a no ser. Sin embargo, don Miguel rechaza someter su realidad vivida y por vivir a tal opción. Él intenta no sucumbir a la idea que nos ofrece la razón, aquella de presentarnos la nada y racionalizar que no hay más allá que la propia aniquilación de nuestro ser. Más bien, siente y asume que la inmortalidad del alma humana y la creencia en la existencia del Dios del amor son los presupuestos para la esperanza en una vida eterna.

Esto es, el corazón nos descubre la vida, la creencia en la perdurabilidad eterna de la existencia, y el dolor, por su parte, nos capacita para sentir nuestra existencia y la existencia de aquellos a quienes amamos, al igual que la del mundo que habitamos. En consecuencia, nos revela a Dios y nos hace amarle, y, con ello, compadecerle por sentirle sufriente. Él sufre con nosotros y todos sufrimos en Él. Y esa congoja que se genera, y que tiene origen divino, es, para don Miguel, la fuente del sentimiento trágico de la vida. Luego concibe el dolor universal del siguiente modo:

El dolor universal es la congoja de todo por ser todo lo demás sin poder conseguirlo, de ser cada uno el que es, siendo a la vez todo lo que no es, y siéndolo por siempre. La esencia de un ser no es solo el empeño en persistir por siempre, como nos enseñó Spinoza, sino, además, el empeño por universalizarse, es el hambre y sed de eternidad y de infinitud. [...] ²⁴

En definitiva, el Amor, el Dios del amor, será quien nos consuele con su amor desde el momento que padecemos la “suprema congoja” que se traduce, según su *Tratado del amor de Dios*, en “la conciencia de nuestra propia nonada”²⁵; o en otras palabras, y siguiendo su mensaje de *Del sentimiento trágico de la vida*, en la conciencia de nuestro sentimiento trágico de la vida. Sentir desesperadamente que no se es, que no se existe, nos capacita para ser más hombres y, consiguientemente, también más divinos. Desde entonces compartiremos con Dios un sufrimiento común. Dios exige, como todo cualquier otro sufridor, nuestro amor. Y nosotros, como también sufridores

que somos, seremos recompensados con su amor, además de sentir paliada nuestra congoja con su congoja eterna e infinita²⁶.

No podemos olvidar que el cristianismo se basa en la idea central de que Dios se hace hombre, y se predispone con ello a sufrir y morir en este mundo terrenal²⁷. Unamuno entiende que esta decisión de predisposición al sufrimiento que Él tomó es una verdad mediante la que se revela las entrañas de Dios y el misterio que envuelve el Universo. Tal revelación nos muestra que lo que tiene de divino y común el dolor es lo que sana nuestra congoja.

Dios quiso descubrirnos su eterna y divina esencia —a saber, la esencia de un Dios que sufre, ama, compadece y es persona— haciéndose hombre en su Hijo, Jesús de Nazaret, y exponiéndose a sufrir pasión y muerte en este mundo terrenal. Nos demostró su amor con el sufrimiento que padece por nosotros, por lo que hemos de corresponder a ese amor inconmensurable que de Él recibimos también con sufrimiento: sufrimos por su amor.

A este respecto, don Miguel, en su escrito “Nicodemo, el fariseo”, realiza una alusión directa a “la cruz del Salvador”, el acto de sufrimiento, sacrificio y humildad que Dios nos legó para que, en cierta medida, consideráramos que mediante el dolor se alcanza la “ciencia de amor”:

Todos esos videntes que llegaron a la paz y al saber que tanto ansías fueron a ellos, Nicodemo, por vías de sufrimiento, de sacrificio y de humildad, entre serpientes mordedoras, entre cruces abrumantes, y fijos sus ojos en la cruz del Salvador. Alcanzaron su ciencia de amor por estudio del dolor. [...] Es la visión de amor, es la sabiduría activa, don a que solo se llega por abnegación y por dolor, por humildad sobre todo, con incesante contemplación de la cruz levantada en el desierto para que, mirándola amorosos, vivan los que sufren bajo el peso de su cruz²⁸.

De esta suerte se intuye que, para nuestro autor, la contemplación amorosa de la cruz se convertirá en nuestro consuelo espiritual desde que el peso de la cruz divina sobrevenga a nuestra existencia. El amor, como sabiduría activa, nos descubrirá que lograremos la paz y la sabiduría que ansiamos en nuestro paulatino acercamiento al Dios del amor mediante

²⁴ *DSTV*, p. 369. Esta idea proviene del *TAD*, p. 591.

²⁵ “[...] Porque Dios ha hecho que no pueda el hombre empezar a subir mientras no haya acabado de bajar. Para empezar a cobrar consuelo es menester llegar al último desconsuelo, a la suprema congoja, a la conciencia de nuestra propia nonada. [...]” *TAD*, p. 526.

²⁶ “[...] Porque Dios se nos revela porque sufre y porque sufrimos, porque sufre exige nuestro amor, y porque sufrimos nos da el suyo y cubre nuestra miseria con la miseria eterna e infinita.” *Ibid.*, p. 588. Recupera esta misma idea pero sustituyendo la palabra “miseria” por “congoja” en *DSTV*, p. 364. A mi parecer, don Miguel decide realizar este cambio de terminología porque la concepción de miseria cuenta con connotaciones negativas que distan mucho de las características de la divinidad que intenta patentar en esta idea. La miseria mundana y divina sí interfieren en nuestro sentimiento de congoja, pero considero que es esta última la que se nutre del amor y, en consecuencia, adquiere un indiscutible componente de divinidad. No parece que para nuestro autor el hombre sea más divino cuanto más miserable es, sino más bien que el hombre más divino es cuanto más capacidad para el sufrimiento o congoja posee.

²⁷ Para más información sobre la ascensión de esta idea por parte de don Miguel, consúltese: Arrate APARICIO MARCOS. «Del reconocimiento del Dios del amor a los conceptos de religión y resurrección de la carne en Miguel de Unamuno». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 49, 2022, pp. 581-599. doi: <https://doi.org/10.36576/2660-9509.49.581>

²⁸ Miguel de UNAMUNO. “Nicodemo, el fariseo” (1899) en *Obras Completas*. Vol. VII. *Meditaciones y ensayos espirituales*. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, 1969, p. 377 —de ahora en adelante, las *Obras completas* se citarán como *OC*—.

la abnegación, el dolor y la humildad con las que se contempla la pasión y muerte de Jesús.

En otro orden de cosas, recordemos que Unamuno diferencia dos realidades: por un lado, el mundo material o sensible, y por otro lado, el mundo supra-sensible, ideal o espiritual. El mundo material tiene sus raíces en el mundo ideal, el mundo creado por la imaginación. En esto se cimienta su justificación de que no hay existencias en vano, sino que todo lo que vive en la temporalidad se perpetúa en la eternidad de la que surgió. El espíritu –la conciencia– queda, entonces, limitado por la materia –el cuerpo, la inconciencia– a la hora de concienciarse, o sea, a la hora de reconocerse plenamente a sí mismo. De modo que el espíritu necesita de la materia, del cuerpo en el que vive, para descubrir su ser. Se podría decir incluso que la materia ha de ser el medio del que se sirve el espíritu para alcanzar su fin: el reconocimiento de la propia conciencia que le va a permitir concienciarse.

Pues bien, la materia hace sufrir al espíritu que limita. El dolor que la primera produce en el segundo es producto del “choque de la conciencia con lo inconsciente”²⁹. Esto ocurre porque el universo sensible, en su condición de materia, también limita a Dios, al Amor, quien por su condición de sufridor padece las dolorosas consecuencias de la “resistencia a la voluntad”³⁰ que la materia presenta frente al intento de la conciencia de concienciarse en la inconciencia.

Nuestro espíritu nos hace tender al ser, mientras que la materia al no ser. De ahí que solo encontremos consuelo al dolor cuando lo hagamos consciente y obremos conforme a la proyección de hacer que todo sea conciencia. Este es, a fin de cuentas, para don Miguel, el fondo de la ética: hacer que todo sea consciente y tratar a todo como si así lo fuese.

Todo hombre ha de luchar por conservar y perpetuar su conciencia. Ha de encararse a la vida para conseguir la plenitud de ella a partir del amor y a través del dolor. Ha de buscar acrecentarla, rompiendo los límites de su ser pero perseverando en su mismo ser con el fin de ser en otros y serlo todo en todos. Algo que sería imposible si no se dejara llevar por aquello a lo que toda conciencia tiende: la Conciencia del Universo, el Dios del amor.

Es decir, es menester que uno se encuentre acongojado por la vida que ama para ser consciente de sí mismo, de la existencia de su espíritu. Hasta que no sentimos dolor espiritual, ni sentimos ni sabemos de la existencia de nuestra alma. Ese mismo dolor,

que en última instancia es congoja, es angustia, es el causante de que la conciencia recaiga sobre sí misma, sea de sí misma y reconozca su ser.

En este sentido, Jesús Antonio Collado refuerza la argumentación que presento con la siguiente reflexión:

Es, pues, una múltiple limitación y un múltiple horror a la nada lo que determina en Unamuno el fenómeno de la angustia, pues en el momento en que el yo se encuentra consigo mismo, en el momento en que se hace consciente, siente la ansiedad de sí, de su propia limitación constitutiva, al mismo tiempo que crece en él el ansia de ‘serse’, de no dejar de ser, de serlo todo. Y se ve forzado a batallar sin tregua por salvar su conciencia eternamente. [...] ³¹

Efectivamente, como ya se ha señalado y de acuerdo con don Miguel, cuando un hombre se vuelve sobre sí, sobre su conciencia, siente esta como voluntad de no morir. La angustia vital nos hará recapacitar sobre la necesidad en nuestra vida de la existencia divina. Sentir tal congoja nos lleva a querer que Dios exista, pues tal honda desesperación solamente puede ser paliada con la creencia en la existencia del Dios del amor. Y bien sabemos que el querer que Dios exista se convierte en creer en su existencia.

“La congoja nos lleva al consuelo”³², asevera Unamuno. Del dolor espiritual causado por las miserias surge, siguiendo su argumento, vida nueva. De lo que se puede deducir que el ser humano crece espiritualmente cuando es capaz de reconocer y ser consciente de sus miserias, porque además de ponernos en búsqueda pura y activa del Dios del amor, también nos dispone a compadecer de todo corazón a quien sufre la tragicidad de la vida³³.

La esperanza adquiere un papel fundamental en este punto. Ella nos aporta, según Unamuno, la “ilusión vitalizadora”³⁴ que nos permite entrever que existe algo irreductible a la razón y que por tanto se escapa de su comprensión. La describe como contra-racional por avivar al hombre la ilusión de la existencia de lo irracional. Gracias a la esperanza, podemos esperar que la “sed de eternidad” y el consiguiente “hambre de divinidad”, que son las principales causantes de nuestro dolor, de nuestras congojas, encuentren sentido en nuestro deseo de que la conciencia personal y humana sobreviva en el seno divino una vez traspasado el acontecimiento de la muerte.

²⁹ *DSTV*, p. 375.

³⁰ *Ibid.* La expresión “resistencia a la voluntad” es un añadido que don Miguel realiza en *DSTV* con respecto a la idea que recupera del *TAD*, p. 594.

³¹ Jesús Antonio COLLADO. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*, p. 131.

³² *DSTV*, p. 170.

³³ Tengamos presente, como asegura Antonio Gómez Moriana, que “no nos encontramos en la ‘congoja’ unamuniana frente a una ‘cerrazón total del sujeto humano’ (Kierkegaard), que se encuentra ‘arrojado’ (Heidegger) en un mundo ‘carente de todo signo’ (Sartre); ni se trata en ella de una desesperada toma de conciencia de la propia libertad en el absurdo, como consecuencia de todo ello. En cuanto ‘conscientia’ es la ‘congoja’ unamuniana por el contrario sentimiento de ‘compasión’, como se señala en el mismo prefijo ‘co-’, que habla de ‘solidaridad’, y ‘elevación’ de cada individuo así solidarizado con sus semejantes y con el Cosmos todo, al principio religador de su ser, a Dios.” Antonio GÓMEZ-MORIANA. «Unamuno en su congoja. Una interpretación de la figura y el pensamiento de Miguel de Unamuno a través del término central de su obra». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 19, 1969, p. 21. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/9734>

³⁴ *DSTV*, p. 357.

En otras palabras, la congoja y la desesperación, y la esperanza y el consuelo, forman irremediamente parte de este tránsito hasta lograr hallar lo amado. Por este motivo, tenemos que tener también presente la siguiente descripción unamuniana del amor:

[...] El amor es el hijo y a la vez el padre de la muerte, que es su madre y su hija. Hay en la hondura del amor un eterno desesperarse. Y del fondo de esta desesperación surgen la esperanza y el consuelo. [...]³⁵

El hecho de que el amor y la muerte se nos muestren tan estrechamente vinculados desencadena en un eterno desesperarse. Y esta desesperación se palía en parte gracias a que de ella surgen la esperanza y el consuelo. Estos dos últimos, por su parte, permiten a los hombres intuir que allende este mundo trágico en el que prima el dolor humano y existencial existe otro en el que no hay más que libertad del amor. Don Miguel a ello se aferra cuando se desespera: bien siente que su lucha ferviente por el amor que le inspira la esperanza de penetrar en el misterio de la vida, o sea en el misterio del Dios del amor, es su alimento y su consuelo. En *Mi religión*, nos lo confiesa:

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten: ‘Paradoja’, los mentecatos y los superficiales.³⁶

De este modo nuestra fe en Dios crecerá, y la Humanidad de la que formamos parte se sacrificará humanamente tanto por Él como por los prójimos y el resto de seres con quienes convive. Así lo detalla en su “El mal del siglo”:

Es pura vanidad de vanidades el progreso si no cabe que cada hombre venza a su propia muerte. Si la Humanidad es una serie de generaciones de hombres totalmente perecederos no hay más altruismo lógico que la constante predicación del suicidio colectivo universal. Y si por [...] el contrario pensase cada cual en su propia salvación eterna ¡qué inundación de caridad entre los prójimos la que habría en el mundo! (¡Pobre siglo! Del exceso de su desesperación [sic] misma, del seno de su íntima pasión purificadora, le brotará su gracia, su fe, fe, su confianza en Dios, su posesión de Él.)³⁷

Y recoge la misma idea en su *Diario íntimo*, donde amplía su visión y de donde destaco lo siguiente:

[...] Del fondo del dolor, de la miseria, de la desgracia, brota la santa esperanza en una vida eterna, esperanza que dulcifica y santifica al dolor. Del seno de la vida fácil y grata, brota la desesperación de hundirse en la nada. Hay, aunque parezca paradójica, la infelicidad de la felicidad. [...]

Todo el punto estriba en si hay o no vida de ultratumba. Si no hay tal vida o si llegamos a creer que no la hay (caso en el cual no la hay, sino muerte eterna), la civilización y el progreso no harán más que hacer al hombre más sensible a esa idea y hacer de su felicidad infelicidad, de la mayor facilidad de su vida fuente de pesares.

¡Esperanza, esperanza! La esperanza es la fuente de la felicidad y la fe la madre de la esperanza. De ellas brota la caridad y esta las mantiene. [...]

Hay que vivir con toda el alma y vivir con toda el alma es vivir con la fe que brota del conocer, con la esperanza que brota del sentir, con la caridad que brota del querer. [...]³⁸

De manera que de la extrema congoja, que es provocada por la posibilidad de nuestra mortalidad inminente, nace la esperanza en la inmortalidad del alma humana. El remedio para sobrellevar tal sufrimiento, tal dolor, no es otro que considerar el enigma que supone el acontecimiento de la muerte en nuestra existencia, fijar nuestra mirada en la mirada de la Esfinge, y dejarnos guiar por el “amor de esperanza”³⁹ en el “amor eternizante y eterno”⁴⁰ hasta encontrar el consuelo.

4. Influencia de Blaise Pascal en la ética del dolor unamuniana

[...] El primer llanto del hombre, al nacer, es porque le entra el aire en el pecho y le limita, y parece decirle: [i]tienes que respirarme para vivir!⁴¹

El ser humano sufre, siente dolor, desde el momento en el que nace. El recién nacido rompe a llorar desde el mismo instante en el que ve la luz por vez primera y se asoma a la vida terrenal para habitarla. Su primer sufrimiento no es otro que proyectar físicamente la primera bocanada de aire para poder vivir. De modo que podemos concluir de esta cita

³⁵ TAD, p. 528. Unamuno reelabora esta idea en *DSTV* de la siguiente manera: “[...] El amor es hermano, hijo y a la vez padre de la muerte, que es su hermana, su madre y su hija. Y así es que hay en la hondura del amor una hondura de eterno desesperarse, de la cual brotan la esperanza y el consuelo. [...]” *DSTV*, p. 275.

³⁶ Miguel de UNAMUNO. “Mi religión” (1907) en *OC III*, p. 261.

³⁷ Laureano ROBLES. «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 34, 1999, p. 129. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753> La misma idea, pero explicada de forma más detallada, es recuperada en Miguel de UNAMUNO. *Diario íntimo* (1897-1902) en *OC VIII*, pp. 823-825. Pertenece al “Cuaderno Segundo”.

³⁸ Miguel de UNAMUNO. *Diario íntimo* en *OC VIII*, pp. 824- 825. Pertenece al “Cuaderno Segundo”.

³⁹ TAD, p. 569, y *DSTV*, p. 151

⁴⁰ *DSTV*, p. 146.

⁴¹ TAD, p. 594. La misma idea se recupera en *DSTV*, p. 374.

unamuniana que introduce este cuarto apartado que necesitamos respirar para existir, además de que es menester sentir dolor para poder oxigenarnos y sentir también así el sufrimiento como crecimiento humano sostenido en el sentido amplio del amor.

Ese primer llanto que se desata por la limitación dolorosa que se nos manifiesta a través del cuerpo recién nacido, nada más verse en la necesidad de tener que sobrevivir por sí mismo de forma independiente, sin ningún otro cuerpo que le proteja y le cultive, nos va revelando nuestra conciencia de sí. Luego el dolor nos va descubriendo nuestra conciencia desde el desgarramiento físico y espiritual que supone el nacimiento.

Por este motivo, en “Nicodemo, el fariseo”, Unamuno critica a los hombres “malos” o “soberbios” que son reacios a escuchar a su corazón, a encaminarse hacia Jesús, a la luz, y a reflexionar sobre lo eterno. Destaca su sonambulismo, “ese sueño en que viven queriéndose convencer de que están hechos de la sustancia misma de los sueños”⁴², algo que es palpable en ellos al aborrecer la luz de Jesucristo por el mero hecho de que les obliga a reflexionar con el corazón, y no con la razón, sobre su “hambre de eternidad”. Estos hombres soberbios prefieren vivir en el sueño que su racionalidad les crea, a espaldas de la realidad sentida, de esa realidad a la que solo podemos acceder meditando desde nuestro corazón y haciendo frente a la cruz que acarrea.

En *Mi confesión*⁴³ y en el *Tratado del amor de Dios*⁴⁴, don Miguel da un paso más y apunta sin rodeos que este tipo de personas le parecen “pobres almas sonámbulas” que padecen “estupidez espiritual” al no vivir con incertidumbre, con inquietud, la posible aniquilación de su conciencia personal en el acontecimiento de la muerte y ante la incertidumbre por la existencia de vida futura, eterna, allende la muerte. Sí es verdad que en *Mi confesión* relaciona la

estupidez espiritual con la estupidez religiosa, algo que ya da por supuesto en su *Tratado*. Curiosamente, en su carpeta “Notas del ‘Tratado del amor de Dios: un ensayo de Filosofía de la muerte’” encontramos la siguiente nota en la que relaciona la “estupidez religiosa” con la “estupidez moral”, y no con la “estupidez espiritual”:

[...] Los sonámbulos. No comprendo a los hombres que me dicen que no les preocupa el más allá de la muerte ni les inquieta el anonadamiento⁴⁵ definitivo de la propia conciencia⁴⁶; me parece que padecen de algo así como estupidez moral o mejor dicho religiosa. ¡Si pudiera meter inquietud en todas las almas!⁴⁷

Esta evolución conceptual que percibimos sigue su curso en *Del sentimiento trágico de la vida*⁴⁸, donde la estupidez moral, religiosa y espiritual queda resumida en la estupidez afectiva o de sentimiento. Tal apreciación nos deja entrever que lo religioso aúna tanto lo moral como lo espiritual, como lo afectivo o de sentimiento. En esta ocasión, además de mencionar a estos “estúpidos afectivos o de sentimiento”, nos informa sobre la existencia de los “estúpidos intelectuales” –aquellos seres insensibles por cuestiones intelectuales– y los “monstruos” –parece que son hombres de peor grado que los dos anteriores– que nunca también han sentido incertidumbre. De manera que Unamuno, siguiendo a su vez a Pascal, no concibe que haya personas, a quienes tilda de “monstruos”, que se abandonen a sí mismas al rechazar recogerse en su interior, en su conciencia, para poder tener noticias de su eternidad⁴⁹.

En el fragmento que don Miguel se apoya en los *Pensamientos*⁵⁰ para su argumentación, se puede comprobar, de acuerdo con Nelson Orringer, que mientras Pascal tilda de “monstruo” a la actitud de

⁴² Miguel de UNAMUNO. “Nicodemo, el fariseo” en *OC VII*, p. 379.

⁴³ Cf. Miguel de UNAMUNO. *Mi confesión*, p. 31. Cabe advertir que en el manuscrito de *Mi confesión* habla de la pervivencia sin mencionar expresamente a Jesús de Nazaret.

⁴⁴ Cf. *TAD*, p. 576.

⁴⁵ Abr. «anonadamiento».

⁴⁶ Abr. «conciencia».

⁴⁷ CMU, 68/15, p. 155. Nota completa reproducida en Miguel de UNAMUNO. *A la juventud hispana*. Estudio y edición crítica de Giulia Giorgi. Córdoba: Almuzara, 2017, pp. 103-104.

⁴⁸ Cf. *DSTV*, p. 256.

⁴⁹ “[...] Ocurrirme lo que a Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite del asunto, y esa negligencia en un asunto en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me enterece, me asombra y me espanta; es para mí, como para Pascal, cuyas son estas palabras, ‘un monstruo.’” Miguel de UNAMUNO. *Mi confesión*, p. 21. Se rescata, con pequeñas variaciones, en *TAD*, p. 567, y *DSTV*, p. 147.

⁵⁰ Se ha de tener presente, siguiendo las precisiones que Alicia Villar detalla en su artículo «Unamuno y su lectura de Pascal: *Del sentimiento trágico de la vida* como principio de acción solidaria», que don Miguel cuenta con varias obras de y sobre Pascal de entre los cinco mil a seis mil libros que se conservan de su biblioteca personal en la Casa-Museo Unamuno de la Universidad de Salamanca. Allí podemos encontrar dos ediciones de los *Pensamientos*, concretamente las de 1847 y 1913. Esta última sigue los criterios de edición de Léon Brunschvicg, quien en 1897 publicó su clasificación de los fragmentos por temas y se convirtió en el referente de análisis y estudio de la mencionada obra pascaliana. Por ello, se deduce que Unamuno a la hora de escribir tanto *Mi confesión* como *TAD* o *DSTV* –obras redactadas con anterioridad a 1913– utiliza otra edición de Léon Brunschvicg que ya no se conserva. En el presente artículo, a diferencia de don Miguel, sigo el criterio de edición de Louis Lafuma, quien revolucionase los criterios de clasificación que hasta 1947 permanecieron. Explicito, pues, que nuestro autor hace referencia a la Serie III, L. 427 (B. 194), de la edición que sigo de los *Pensamientos* de Pascal. Cf. Blaise PASCAL. *Pensamientos*. Edición de Mario Parajón. Madrid: Cátedra, 2008, pp. 169-176. Para más información sobre este asunto, así como sobre la influencia que Unamuno obtuvo de Pascal, véase: Nelson R. ORRINGER. «Pascal, portavoz de Unamuno y clave de *La agonía del cristianismo*». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 42, 2, 2006, pp. 39-73. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1525>; Alicia VILLAR EZCURRA. «Unamuno y su lectura de Pascal: *Del sentimiento trágico de la vida* como principio de acción solidaria». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 47, 2, 2009, pp. 69-98. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/8441>; «El secreto juego de *San Manuel Bueno, mártir*: la apuesta por el amor y el contento de vivir». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 76, 291 (Extra), 2021, pp. 855-875. doi: <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i291.y2020.003>.

descuido, Unamuno lo hace refiriéndose a las personas que son descuidadas⁵¹. Nuestro autor, empero, demuestra, en todos sus escritos en los que alude a este tema, su tolerancia con los “monstruos” que se desprecupan de buscar el camino del amor a Dios, así como con las personas que no tienen fe, pero no con aquellos ateos furibundos que ridiculizan y desprecian a aquellos que sí que creen⁵². Tanto Unamuno como Pascal se oponen a la indiferencia del hombre que vive en una especie de plenitud fenoménica sin Dios, sin preocuparse de su ignorado deseo de pervivencia o de la grandeza de la vida que le espera en Él.

Pascal, en este fragmento L. 427 (B. 194), presenta la idea de que la inmortalidad del alma es algo “que nos atañe tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para permanecer en la indiferencia de saber de qué se trata”⁵³. Esto le hace manifestar que “nuestro primer interés y nuestro primer deber es esclarecer este asunto, del que depende toda nuestra conducta”⁵⁴.

El autor de los *Pensamientos* pone de manifiesto que la incertidumbre que nos crea la duda de la muerte, de la posibilidad de la inmortalidad del alma, está estrechamente vinculada con nuestra conducta. Siente, de hecho, que la postura que mantenemos con respecto a la inmortalidad del alma rige nuestras acciones y nuestros pensamientos. Aquellos que se preocupan por enfrentarse a la duda de su eternidad, y “gimen sinceramente en esta duda, a la que ven como la última de las desgracias”⁵⁵, se sumergen en una especie de búsqueda en la que las ansias por esclarecer lo que sucede en y tras el acontecimiento de la muerte se convierte en su máxima ocupación vital. Juzga, sin embargo, que cualquier certeza que logren en este aspecto no será más que un motivo de

desesperación y de vanidad. Por este tipo de personas que dudan de su eternidad pero que se enfrentan a ella sí que siente compasión Pascal, pero no ocurre lo mismo con aquellos “monstruos”, esas personas injustas y desgraciadas, que cometen una “negligencia en un asunto en el que se trata de ellos mismos, de su eternidad”⁵⁶ y no se preocupan por buscar a Dios, a la espera de que conceda su Gracia, un don gratuito.

El gemido, la desazón, ante la desgracia de la terrible realidad de la muerte para Pascal, se convierte en Unamuno en el doloroso sufrimiento por la congoja que despierta la incertidumbre que nos genera la cuestión de la pervivencia. La necesidad de escuchar nuestro interior para sentir la “sed de eternidad” es un principio que ambos comparten. Tanto Pascal como Unamuno, en líneas paralelas, piensan que el estado de debilidad en el que se sumerge el hombre al darse cuenta de su propia finitud es lo que vivifica su deseo de eternidad. La posible pérdida de nuestro ser y la probabilidad de terminar en una eternidad de miserias nos hacen estar sumidos en esa incertidumbre sobre la eternidad de nuestra condición futura.

Por consiguiente, se aprecia la presencia de Pascal⁵⁷ en don Miguel a la hora de plantearse el misterio de la inmortalidad del alma, cara a cara de la Esfinge, e intentar consolarse de haber nacido en esta realidad. Considero que ambos apuestan por la esperanza que despierta la existencia de otra vida con Dios, aquella que no desaparece tras el irremediable acontecimiento de la muerte. Todo lo que el hombre pueda conseguir sin Dios no es plenamente satisfactorio para ellos. Uno y otro no comprenden a los “monstruos” que se muestran indiferentes e insensibles hacia lo trascendental: ellos no descubrirán el camino del Amor. Luego se podría afirmar que la búsqueda

⁵¹ “Según Blaise Pascal, *Pensées*, section III, §194, [...] la indiferencia en un asunto tan personal como es la eternidad irrita, espanta y resulta un monstruo para el yo hablante. Nótese que en este contexto el ‘monstruo’ es para Pascal la actitud de descuido, no la persona descuidada como para Unamuno”. Nota a pie nº 17 del *DSTV*, p. 147.

⁵² “Alma consciente no cree de tal modo en Dios. Con el fondo del alma, con su hondón, con el deseo enterrado, subanímico, todos creen en Él. Unos quieren también creer con la razón y desean que Dios exista como realidad nacional, objetiva, y se esfuerzan por lograrlo, y ruegan a Dios les dé fe en Él; los otros, los ateos, desesperados de no poder concebirlo, se esfuerzan por no creer en Él, y le ruegan les quite la fe en Él. <¿>Los indiferentes, los que no se inquietan por ello? Esos no son hombres porque no han llegado al fondo de sí mismos, no se poseen sino en la envoltura. / Se necesita creer y se cree en la creencia; es el furioso deseo de hacer contenido del continente. / Dos sentidos de creer; creo que sí, pero no estoy seguro ‘de ello’ y el otro el más afirmativo. / El amor al Amor.” CMU, 68/15, p. 54 (nota inédita). En mi opinión, esta nota encontrada en la Casa-Museo Unamuno recoge bien el mensaje que quiere transmitir. Don Miguel respeta a todos: a los creyentes, a los ateos y a los indiferentes. Considera que estos últimos, los “monstruos”, no son hombres porque aún no se han preocupado por conocerse a sí mismos; incapaces de ser conscientes de su conciencia, de creer en “el amor al Amor”, de “hacer contenido del continente”, no sienten su “sed de eternidad”. Además, este respeto y tolerancia que demuestra hacia todas las personas, sean o no creyentes, está también presente cuando expone su parecer sobre aquellos a quienes tilda metafóricamente de “parásitos sociales” o “parásitos espirituales”. Unamuno se apoya en Mr. Balfour para tachar de “parásitos sociales” a aquellos que niegan la creencia en Dios y en la vida eterna por su actitud descuidada y cómoda ante la existencia. La misma sociedad en y de la que viven les dispone de lo necesario para poder fundamentar una buena conducta moral así como una vida óptima, por lo que deciden prescindir de adentrarse en la ardua tarea vital de la búsqueda de Dios. Cf. *TAD*, pp. 551-552. La misma idea, pero haciendo hincapié en el hecho de que junto con la creencia en Dios también es imprescindible la creencia en la otra vida y en la inmortalidad del alma para fundamentar una buena conducta, aparece en *DSTV*, pp. 129-130. En consecuencia, concluyo que don Miguel utiliza el calificativo de “parásitos sociales” sin hacer alusión explícita a los “monstruos”, “estúpidos afectivos o de sentimiento” y “estúpidos intelectuales” que acabo de presentar. Estimo, tras la comparación realizada en los diferentes textos unamunianos, que él otorga a cada uno de ellos un grado diferente de indisposición, siendo los “monstruos” los mayores indispuestos. De todas formas, vuelvo a recalcar que Unamuno es consciente de que hay muchas personas que pueden fundamentar su vida en la bondad aun no teniendo fe ni en la inmortalidad del alma, ni en la otra vida, ni en Dios. A mi parecer, él valora el hecho de que como hombres que son, pese a que no actúen como tales, siempre tienen la posibilidad de que su conducta moral esté basada en la bondad, la espiritualidad y la afectividad.

⁵³ Blaise PASCAL. *Pensamientos*, p. 171.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ De todos modos, cabe advertir que el tema de la Gracia, que no se encuentra desarrollado en Unamuno, es esencial para Pascal en lo que se refiere a alcanzar la fe y la salvación.

irracional, que es desesperada y congojosa, de la pervivencia después de la muerte es, para Unamuno, lo que nos revela nuestro ser, lo que nos da vida y nos enseña a amar al Amor.

5. Conclusiones

[...] El que sufre vive y el que vive espera, aunque a la puerta de su infierno de dolor le cuelguen el ‘dejad toda esperanza los que aquí entréis’, el que sufre vive, y vosotros, mis jóvenes, querréis vivir, vivir del todo y vivir por siempre, vivir en goce o en dolor, importa esto poco, vivir, y vivir es ansia de sobrevivirse.⁵⁸

Tal y como don Miguel observa en *Mi confesión*, vivir es ansia de sobrevivirse, porque quien sufre vive y quien vive, espera. Además, en su *Tratado y Del sentimiento trágico de la vida* introduce el aspecto del amor y matiza que el que sufre vive, y quien vive sufriendo ama y espera⁵⁹. Al fin y al cabo, como se ha demostrado, no es posible ni el sufrimiento ni la consecuente esperanza en la inmortalidad del alma humana sin amor, debido a que la falta de amor en la vida no nos lleva a nada más que a la nada, a la propia aniquilación⁶⁰.

Bien sabemos que don Miguel se siente indefenso ante el acontecimiento de la muerte y vive acongojado por no poder defenderse a sí mismo del posible final de la vida, del hecho de dejar de ser y convertirse en nada. Le aterra que una vez que se nos muera el cuerpo que nos da vida terrenal, ese que conforma mi yo, lo que soy, nuestra conciencia vuelva a la inconciencia de la que surgió. Es incapaz de concebirse como no existente, pues siente que su conciencia –siguiendo el origen práctico de la noción de sustancia– tiende a perpetuarse por naturaleza.

De esta suerte se constata que Unamuno siente que es cuestión de intencionalidad, de conducta vital, saber aceptar la incertidumbre y situarse frente al dolor existencial en el que irremediamente estamos expuestos a vivir. Ser descuidado ante este asunto, que se origina principalmente por tener que enfrentarnos a la muerte, es, para él, ser un inconsciente, no tener conciencia del valor del propio ser, de la propia existencia. Juzgo que don Miguel estaría de acuerdo si decimos que los “monstruos” son personas cuyo

corazón ha dejado de sentir todo lo que no sean sus propios intereses egoístas y toda aquella realidad dolorosa que pueda complicarles la existencia; no sienten a Dios y consiguientemente tampoco a los hombres con quienes comparten vida.

“El amor busca con furia a través de lo amado algo que está más allá de ello, y como no lo halla, se desespera”⁶¹, expresa Unamuno. Empezar la búsqueda no es sencillo, mantenerse en ella constante, tampoco. De ahí que el amor, nuestro soporte y guía, sea el “consuelo en el desconsuelo”⁶² del congojoso proceso de alcanzar al amador eterno que sobre-existe. Así la compasión es el amor que nos revela las semejanzas que el Universo todo, el Dios del amor, tiene con nosotros. Dios también lucha por conservar, acrecentar y perpetuar su conciencia universal, y sufre por las discordancias que se producen en su seno. Él es, para nuestro autor, misterio y a la vez consuelo. Es Padre de todos nosotros, porque es el creador que nos consuela con su amor.

Con todo, considero que don Miguel tiene por objeto descubrirnos que el dolor es la vivencia con la que se nos muestra hasta dónde puede llegar el amor, entendido este último como una entrega sin límites. El caso de Jesús de Nazaret es un ejemplo claro de ello, ya que el hecho de entregarse amorosamente y por entero a la humanidad le llevó a la Cruz, a la muerte. De lo que fácilmente se deduce que la Cruz del Salvador, según nuestro autor, es la memoria del amor que arrastró a Jesús hasta el extremo sufrimiento de la muerte.

Todo esto tiene también una repercusión clara en las relaciones interpersonales para Unamuno. El acto de compadecernos, de amarnos, mutuamente por reconocer el compartido sufrimiento con base en el sentimiento trágico de la vida es el preámbulo para que los hombres sientan igualmente compasión por los sufrimientos vitales del día a día. Es más, para don Miguel, el hecho de vivir y sufrir un dolor junto a una persona permite crecer espiritualmente en conjunto. Ambos espíritus se unen, se funden, presos del dolor, y nace el amor. El correspondido amor mitigará su dolor. De modo que no se trata de un amor que solo se experimenta entre los amantes conyugales, sino que también surge entre los diferentes prójimos, semejantes, que comparten cualquier tipo de experiencia dolorosa⁶³.

⁵⁸ Miguel de UNAMUNO. *Mi confesión*, p. 25.

⁵⁹ “El que sufre vive, y el que vive sufriendo ama y espera, aunque a la puerta de su mansión pongan el ‘Dejad toda esperanza’, y es mejor vivir en dolor que no dejar de ser en paz.” *DSTV*, pp. 151-152. Frase que recoge del *TAD*, p. 570.

⁶⁰ “[...] [¿]Sufrimiento decís? [...] No es posible sufrimiento sin algún amor y la falta de amor no es sufrimiento, sino aniquilación.” *TAD*, p. 570.

⁶¹ *Ibid.*, p. 527. La misma idea aparece en *DSTV*, p. 272.

⁶² *TAD*, p. 527, y *DSTV*, p. 272.

⁶³ Para más información, consúltense como estudios complementarios a este artículo científico los siguientes escritos: Arrate APARICIO MARCOS. «Claves para reconocer una amistad verdadera. Una reflexión desde el pensamiento de Miguel de Unamuno». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 76, 291 (Extra), 2021, pp. 1263-1272. doi: <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i291.y2020.023>; “Los fundamentos de la filosofía de la intersubjetividad en la obra de Miguel de Unamuno: más allá del sentimiento trágico de la vida”. En: PAREDES MARTÍN, María del Carmen; BONETE PERALES, Enrique (Eds.). *La filosofía y el amor*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020, pp. 85-91. doi: <https://doi.org/10.14201/0AQ0294>

6. Referencias bibliográficas

- Álvarez Gómez, Mariano. *Unamuno y Ortega. La búsqueda azarosa de la verdad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003.
- Aparicio Marcos, Arrate. “Los fundamentos de la filosofía de la intersubjetividad en la obra de Miguel de Unamuno: más allá del sentimiento trágico de la vida”. En: PAREDES MARTÍN, María del Carmen; BONETE PERALES, Enrique (Eds.). *La filosofía y el amor*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020, pp. 85-91. doi: <https://doi.org/10.14201/0AQ0294>
- Aparicio Marcos, Arrate. «Claves para reconocer una amistad verdadera. Una reflexión desde el pensamiento de Miguel de Unamuno». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 76, 291 (Extra), 2021, pp. 1263-1272. doi: <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i291.y2020.023> [consultado: 22-08-2022]
- Aparicio Marcos, Arrate. «Del reconocimiento del Dios del amor a los conceptos de religión y resurrección de la carne en Miguel de Unamuno». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 49, 2022, pp. 581-599. doi: <https://doi.org/10.36576/2660-9509.49.581> [consultado: 29-11-2022]
- Collado, Jesús Antonio. *Kierkegaard y Unamuno. La existencia religiosa*. Madrid: Gredos, 1962.
- Evans, Jan E. «La metáfora de la llaga en Søren Kierkegaard y Miguel de Unamuno: la importancia del sufrimiento en la existencia auténtica». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 46, 2008, pp. 13-25. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/7935> [consultado: 10-08-2022]
- Gómez-Moriana, Antonio. «Unamuno en su congoja. Una interpretación de la figura y el pensamiento de Miguel de Unamuno a través del término central de su obra». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 19, 1969, pp. 17-89. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/9734> [consultado: 05-07-2022]
- Kierkegaard, Søren. *Søren Kierkegaards Samlede Vaerker*. Edición de (Udgivne af) A.B. Drachmann; J.L. Heiberg; & H.O Lange. Kjobenhavn: Editorial Gyldendalske Boghandels Forlag (F. Hegel & Son), 1901-1906, 14. vols.
- Meyer, François. *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid: Gredos, 1962.
- Orringer, Nelson R. «Pascal, portavoz de Unamuno y clave de *La agonía del cristianismo*». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 42, 2, 2006, pp. 39-73. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1525> [consultado: 21-08-2022]
- Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Edición de Mario Parajón. Madrid: Cátedra, 2008.
- Robles, Laureano. «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 34, 1999, pp. 99-131. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753> [consultado: 01-08-2022]
- Spinoza, Baruj. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Edición y traducción de Atilano Domínguez. Madrid: Trotta, 2000.
- Unamuno, Miguel de. *Obras completas*. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, 1966-1971.
Vol. III. *Nuevos ensayos*, 1968.
“Mi religión”, 1907.
Vol. VII. *Meditaciones y ensayos espirituales*, 1969.
“Nicodemo, el fariseo”, 1899.
Vol. VIII. *Autobiografía y recuerdos personales*, 1970.
Diario íntimo, 1897-1902.
- Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson R. Orringer. Madrid: Tecnos, 2005.
- Unamuno, Miguel de. *Mi confesión*. Edición de Alicia Villar Ezcurra. Salamanca-Madrid: Sígueme-Universidad Pontificia Comillas, 2015.
- Unamuno, Miguel de. *A la juventud hispana*. Estudio y edición crítica de Giulia Giorgi. Córdoba: Almuzara, 2017.
- Villar Ezcurra, Alicia. «Unamuno y su lectura de Pascal: *Del sentimiento trágico de la vida* como principio de acción solidaria». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 47, 2, 2009, pp. 69-98. Recuperado de: <http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/8441> [consultado: 13-08-2022]
- Villar Ezcurra, Alicia. «El secreto juego de *San Manuel Bueno, mártir*: la apuesta por el amor y el contento de vivir». *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 76, 291 (Extra), 2021, pp. 855-875. doi: <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i291.y2020.003> [consultado: 29-11-2022]